

La narrativa antiesclavista en Cuba de 1835 a 1839

Sin más preámbulos partimos de la siguiente afirmación: el merecimiento sobresaliente de la narrativa antiesclavista cubana del siglo XIX —no obstante las limitaciones de índole ideológica y formal que tantas veces se le han atribuido— consiste en haber sido realizada en pleno auge del régimen esclavista en la isla antillana, sobre todo en esta primera etapa (1835-1839), cuando la población esclava y liberta de origen africano superaba en número a la población blanca formada por españoles peninsulares y sus descendientes criollos.¹ Este enfrentamiento del narrador con su contexto económico-social en la situación colonial en que se hallaba la isla bajo la dominación española, frente a las presiones y represiones de un régimen despótico que no concedía ningún derecho a los súbditos ultramarinos de la Corona, y a las arbitrariedades y corrupciones de los capitanes generales y de los funcionarios que extremaban toda medida coercitiva que procediera de la metrópoli, cercaban como muralla infranqueable cualquier intento de representar críticamente a través de una obra literaria un estado de cosas que chocaba con los pretensos ideales cristianos y civilizados de que hacían alarde las potencias europeas occidentales que se consideraban a la vanguardia de los países cultos y desarrollados de la época.

Factor importante en la evaluación y análisis de esta corriente narrativa en su etapa inicial resulta el hecho de que estas obras representan la sección más valiosa y perdurable de las primeras novelas y relatos breves que muy tardíamente surgen en las letras cubanas en la cuarta década del siglo XIX. La prosa narrativa no disponía de los antecedentes y la tradición que sí tenía la creación poética. Recuérdese que desde 1608 Silvestre de Balboa había escrito en Puerto Príncipe (Camagüey) su poema épico *Espejo de paciencia*; que hubo otros poetas y versificadores en diversas poblaciones de la isla en los siglos XVII y XVIII. La prosa narrativa emerge a fines de la década de 1830 a 1840 sin una verdadera tradición insular; brota en pleno auge del romanticismo más sensiblero y melodramático. Sin embargo, esta primigenia narrativa antiesclavista —objeto de estudio en las presentes páginas— aunque aquejada por persistentes rasgos románticos, refleja el más candente problema social de aquella colonia española con una evidente inclinación hacia el realismo, siguiendo las pautas dictadas por Balzac que influían sobre sus autores.²

¹ Ramiro Guerra: Manual de historia de Cuba. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962, p. 449.

² J. Z. González del Valle: La vida literaria en Cuba. La Habana, Cuadernos de Cultura, 1938, p. 50 y 51.

Cabe destacar igualmente que, durante esas décadas de mediados de la centuria pasada, la nacionalidad cubana comienza a definirse, a deslindarse de la órbita española, a escindirse de la llamada Madre Patria. Los ideólogos de la burguesía criolla ya no se autodenominan «españoles de ultramar», como se llamó a sí mismo don Francisco de Arango y Parreño; se llaman, más claramente, cubanos.³ Y la narrativa adquiere, desde su nacimiento, un carácter constante y definidor. Decíamos en un trabajo anterior:

Los temas que aparecen en nuestra novela están ligados a la misma fisonomía de nuestro pueblo, a su devenir histórico. Aunque los temas literarios de tipo universal —el amor, la muerte, la soledad, etc.— surgen en la novela cubana, mayor persistencia y carácter propio revelan otros más arraigados en esta tierra, influidos por las circunstancias históricas y políticas. Cada época histórica influye con sus preocupaciones sobre el novelista cubano en forma absorbente. La temática narrativa en Cuba está entrelazada estrechamente con el devenir nacional. Le sirve de espejo. Conforman un método de conocimiento de nuestra existencia nacional.⁴

La primitiva narrativa antiesclavista cubana, pionera en esta trayectoria, resulta, por un costado, una creación literaria de mayor o menor validez estética, pero por otro constituye un valioso instrumento para penetrar y analizar un determinado aspecto o faceta de nuestro cuerpo social, una concreta etapa histórica en la que precisamente alcanza su mayor virulencia la lucha por la abolición de la esclavitud, hace crisis el sistema esclavista y estallan a finales de este período, que se extiende hasta 1844, las insurrecciones de esclavos y la represión terrible de la denominada Conspiración de la Escalera, resonancias caribeñas de la universal lucha de clases. Resulta impresionante comprobar que, durante esos mismos años, los escritores cubanos llevan a sus obras esta conflagración social, ese conflicto generado por la misma estructura de la sociedad colonial. Dedúcese de todo lo anterior la intrínseca importancia que posee esta manifestación literaria.

En torno a las tertulias literarias que mantenía en La Habana y en Matanzas el crítico y verdadero animador cultural Domingo del Monte (1804-1853), emparentado con una rica familia de hacendados del occidente de la isla, comienza a fraguar esta literatura narrativa de que carecían las letras cubanas. Estos autores discutían sobre cuál podía ser la temática adecuada para sus obras. El poeta y dramaturgo José Jacinto Milanés (1814-1863), que procedía de una familia criolla pequeñoburguesa, confesaba que el negro constituía el fundamento de «nuestra mejor poesía». Y Félix Tanco Bosmeniel (1796-1871), colombiano arraigado en Cuba, era más explícito:

Los negros en la isla de Cuba son nuestra poesía, y no hay que pensar en otra cosa, pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, todos revueltos, y formar luego los cuadros, las escenas, que a la fuerza han de ser infernales y diabólicas, pero ciertas y evidentes.⁵

Muestra adecuada de las actividades de estas tertulias delmontinas —que trascendían lo meramente literario— fue la recolecta hecha entre sus asistentes para pagar la emancipación de un esclavo que había dado muestra ya, tras obtener las debidas licen-

³ Sergio Aguirre: Eco de caminos. *La Habana, Editorial de Ciencias Sociales*, 1974, p. 419 y ss.

⁴ Salvador Bueno: Temas y personajes de la literatura cubana. *La Habana, Ediciones Unión*, 1964, p. 277.

⁵ Centón epistolario de Domingo del Monte, t. VII. *La Habana, Academia de la Historia de Cuba*, 1957, p. 51.

cias, de sus capacidades como poeta. Llamábase Juan Francisco Manzano, era mestizo, hijo de un mulato y una negra esclavos, que recibió el apellido de sus amos como era habitual. Tenía más de treinta años cuando obtuvo la libertad (nació aproximadamente en 1797). Era esclavo aún cuando publicó dos breves colecciones poéticas, *Cantos a Lesbia* (1821) y *Flores pasajeras* (1830), pero la lectura de su soneto «Mis treinta años» en el seno de la tertulia delmontina, decidió su manumisión y estrechó su relación con aquellos escritores. Mantenía correspondencia con del Monte, y por sus cartas sabemos que éste le pidió que escribiera su autobiografía:

en el día mismo que recibí la del 22 me puse a recorrer el espacio que llena la carrera de mi vida, y cuando pude, me puse a escribir creyendo que me bastaría un real de papel, pero teniendo escrito algo más aún que saltando a veces por cuatro y aun por cinco años, no he llegado aún a 1820. (25 de junio de 1835.)⁶

Por lo tanto, la redacción de sus *Apuntes autobiográficos* fue iniciada cuatro años antes de la fecha que hasta ahora han estado repitiendo críticos e historiadores literarios, y fue por propia indicación de del Monte y no por sugerencias de Richard R. Madden, cónsul inglés y juez árbitro de la Comisión Mixta de La Habana entre 1836 y 1840, quien, poco antes de retirarse de Cuba, recabó del crítico la recopilación de obras literarias que reflejaran la real situación de los esclavos en Cuba para apoyar la campaña abolicionista que propugnaba el gobierno inglés. Los *Apuntes* escritos por Manzano fueron corregidos por Anselmo Suárez y Romero (1818-1878) para entregar una copia a Madden; el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional «José Martí» aclara que constituye solamente la primera parte y que la segunda no se escribió, lo que no es cierto, ya que existen testimonios de que sí fue redactada por Manzano y entregada a otro contertulio, Ramón de Palma (1812-1860), quien la extravió.⁷ A su regreso a Londres, Madden editó en inglés fragmentos de la autobiografía y algunos poemas de Manzano. En esos mismos años el abolicionista francés Victor Schoelcher, en su clásica obra sobre la esclavitud, incluyó pasajes de la autobiografía y algunos poemas.⁸

Manzano no escribe sobre la esclavitud, la evoca desde dentro, según sus propias experiencias. Manzano no fue el único esclavo descendiente de africanos que escribiera su propia vida; Mannix y Cowley⁹ mencionan a otros (olvidando al cubano), pero dudamos que pudieran ofrecer testimonios más estremecedores que el de estos *Apuntes* tan espontáneos e ingenuos. «Mi vida ha sido una cadena de penitencias, encierros, azotes y aflicciones», escribía Manzano. Vivió una niñez feliz bajo el cuidado de su primera dueña, la marquesa de Jústiz; «me tomó como un género de entretenimiento», recuerda Manzano, y como paje la acompañaba a misas y sermones, a la ópera francesa, hasta que llegó a saber de memoria «los más largos sermones de fray Luis de Granada [...] y muchas relaciones, loas y entremeses»; aprendió a coser, dibujar y algo de música (su padre era un buen tañedor de arpa) y a componer de memoria décimas; mas con

⁶ Juan Francisco Manzano: Obras. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1972, p. 85.

⁷ Francisco Calcagno: Poetas de color. La Habana, 1887, p. 76.

⁸ Cit. por José Luciano Franco en: Obras de J. F. Manzano, ob. cit. (6). Existe una traducción húngara de Manzano: Öneletirasa, Editorial Europa, Budapest, 1970.

⁹ Mannix y Cowley: Historia de la trata de negros. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 89 y 90.